

espectáculo tan agradable presenta la madre de familia en medio de la juventud y del brillo de su casta generacion! *Quam pulchra est casta generatio cum claritate.* Mas bella que la palma que se eleva en la falda del Tabor cubierta con su espléndido follaje; mas bella que el olivo que ostenta á los rayos del sol sus ramas cubiertas de flores; mas bella que la rosa que abre su cáliz en medio de las espinas, es la madre cristiana rodeada de la vida que ha salido de su vida; es como una rosa fragante á la cual no ha caido una sola de sus hojas, que no ha perdido uno solo de sus perfumes y que brilla con toda su hermosura!

Conozco, señores, que contemplais extasiados este bello grupo que os presenta la naturaleza. Jamas es la madre tan bella como cuando la vemos en el hogar doméstico ostentando todos sus adornos naturales, que son sus hijos, mostrando sobre su frente las arrugas del sufrimiento y los surcos abiertos en su rostro por el sacrificio, que es lo que forma el complemento de la belleza humana, porque son los signos que no puede ostentar la mujer sobre cuya frente no se posó el dolor.

Para que alentemos las almas harto débiles ante el deber y el sufrimiento, preciso es que presentemos el cuadro que florece bajo ese techo generoso donde vive el sacrificio, y que es la mas suave flor de la vida humana: hablamos del gozo de la madre fecunda y de la familia numerosa. La rosa que acabamos de ver brillar con todo esplendor, exhala un aroma que solo es comparable á su propia dulzura; se embalsama con sus propios perfumes y embalsama tambien á todos

los de la familia, porque el gozo, que es el fruto del sacrificio, brilla en todas las frentes, como que está en el fondo de todos los corazones. ¿Será acaso una paradoja lo que estoy diciendo? ¿Puede reinar el gozo en una familia numerosa, donde hay tantos seres sujetos á la ley del dolor, donde se multiplican los gemidos de los seres que vienen á este valle de lágrimas, donde podrá la muerte encarnizarse tantas veces? ¿Será éste el asilo de la dicha y de la tranquilidad? No lo dudeis ni un momento, señores: si la ley del sacrificio que se ha aceptado toda entera ha multiplicado la vida; si todos estos hijos del dolor se desarrollan bajo el santo temor de Dios y con los ojos fijos en el Calvario, encontraréis en esa reunion de seres un fondo de ternura y de amor que multiplica el gozo de todos ellos con la dicha que cada uno de ellos siente. Podrá haber sus escepciones, pero podemos sentar como regla general, que la dicha acompaña siempre á las familias numerosas.

No faltarán incrédulos que contesten con su ironía; mas yo creo en este misterio, que fué la primera dicha de mi vida. Sí, porque al traves de los estragos que hace la muerte alrededor nuestro, y en medio de la sombra que nos separa de los tiempos pasados, sentimos un placer inefable pensando en nuestros queridos hermanos y en nuestras cariñosas hermanas; y el mas débil en la familia es el que mejor comprende la infelicidad que rodea en este mundo al hombre que vive en la soledad. Yo creo con toda mi alma en los gozos que procura la fecundidad en la familia; y si bien hace ya muchos años que estoy privado de ella, todavía comprendo la dicha de que disfrutaban otros

bajo su sombra. Donde la vida ha sido fecunda en el cumplimiento de la ley, hemos sido testigos de la alegría pura que reina en el hogar doméstico; alegría que no hemos hallado jamas donde el egoismo no ha fecundizado la vida. Donde la familia es numerosa, hemos visto siempre el gozo pintado en el semblante de la madre, que es en el centro de la familia la fuente de la comun alegría, y hemos exclamado con fervor: "¡Dios mio, haz que todas las madres acepten en tu nombre el sacrificio; haz que todas le acepten gustosas, para que multipliquen con la vida la dicha de la familia y el progreso de la humanidad!"

Señores: despues de haber demostrado el cargo respectivo que tienen en la familia cristiana, el padre y la madre, deberia, para terminar este asunto, hablar del hijo, que es la tercera persona de la trinidad humana; mas no nos lo permite el tiempo, y ademas, para manifestar claramente los deberes del hijo, deberiamos hablar directamente de la educacion del hijo, la cual solo hemos tocado de paso. Terminamos, pues, en nuestro discurso lo que nos proponiamos decir, presentando á Jesucristo como fuente del progreso en la vida doméstica. Lejos estamos de haber dicho cuanto pudiera decir acerca de esto un hombre de ingenio; pero creemos haber dicho lo suficiente para probar lo que nos propusimos, es decir, que el hogar doméstico, en el cual se practican las doctrinas enseñadas por Jesucristo, es el lugar del cual brota el progreso que tanto anhelamos.

Si tratais de averiguar mas profundamente todo lo que ha hecho el cristianismo, siempre y en todas partes, para ensalzar á la humanidad y hacer progresar

á las sociedades, os diré que estudiéis en la luz de la historia, en todos los puntos de la tierra y en todos los tiempos, á la familia cristiana, que semejante á un árbol secular, tiene sus raices en la cuna del linaje humano; y sobre él la vida de Jesucristo, plantada allí por mano de la Iglesia, brilla con una hermosura, un esplendor y una fecundidad que no se habian conocido en cuatro mil años que llevaba el mundo de estar formado. Mirad por todas partes, y al traves de la humanidad pecadora, seréis donde quiera los modelos que presenta la vida cristiana y que ha hecho brotar en la familia el cristianismo; modelos que el genio se ha complacido en hacer imperecederos por medio de la pintura, de la poesía y de la elocuencia; estos modelos son: el padre y la madre, el marido y la esposa, el hijo y la hija cristianos; tipos hermosos de la vida multiplicada por la familia, cuya gloria brilla en las páginas de nuestra historia.

No os contentéis empero con leer la historia. Estudiad lo que es el santuario de la familia, penetrando en el hogar doméstico, donde podais encontrar uno de esos admirables tipos que nada han perdido todavía del sublime espectáculo que presentaba el seno de la familia en otros tiempos: allí contemplaréis, no solo en imágenes, sino en cuadros vivos, el milagro de grandeza que obra Jesucristo en las familias que le adoran; encontraréis á toda la familia prosternada en una misma fe y en una misma adoracion ante la imagen de Jesucristo, cuya belleza y majestad refluyen sobre la familia; el padre, la madre y el hijo llevan en la frente un reflejo del Hombre-Dios; veréis que estas tres personas, que componen la unidad de la

familia, son como una irradiación de la grandeza, de la bondad y unidad de tres personas divinas; veréis, en fin, á esta familia que se ha posesionado completamente de Jesucristo, rodeada de criados que participan de su misma gloria y de sus mismas virtudes, no como mercenarios, sino como servidores fieles de ella. Comprenderéis, finalmente, lo que puede llegar á ser la sociedad entera cuando cada hogar doméstico sea un santuario, en el cual la vida humana, á fuerza de conocer, amar y adorar á Jesucristo, se haga á imagen suya, elevándose á su verdadera altura, y penetraréis por qué la Iglesia católica, que desea nuestro verdadero progreso, ejerce en la familia una acción tan profunda é incesante.

¡Con cuánta solicitud se dedica á la conservación, al engrandecimiento y perfeccionamiento de la familia cristiana! ¡Cómo rodea de cuidados la cuna de la niñez, de veneración las tumbas de los antepasados y de amor el hogar doméstico, en que se educa la familia y crece bajo el cariño de Dios! Todos sus esfuerzos se dirigen á conservar la autoridad en los padres, el amor en las madres, el respeto y la obediencia en los hijos, y la virtud en todos. Sus desvelos empiezan en la fuente misma de la vida humana, que rodea de pureza y castidad, dignas del ministerio de la paternidad profanada por el egoísmo, que aleja con el pudor cristiano al ángel tutelar de la virtud doméstica. Nadie como la Iglesia católica conserva el poder y la autoridad del padre, el amor y ternura de la madre, la obediencia del hijo, la castidad conyugal y la familia en fin. La Iglesia os cubre con sus miradas, os abre su seno y os lleva en su corazón, para que en él

la humanidad se desarrolle más y más en Jesucristo Nuestro Señor. Tal fué el fin sublime del apostolado; tales son los deseos de mi corazón, que anhela la felicidad de mis hermanos, la gloria de mi patria y el progreso de la humanidad.

FIN.

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR.

La vida íntima y particulares circunstancias del elocuente y célebre orador, cuyos discursos traducidos al castellano hemos dado á la luz pública, nos son absolutamente desconocidos; y solo sabemos que pertenece á la Compañía de Jesus, donde retirado por largo tiempo, nunca buscó el aplauso, ni quiso llamar la atención del mundo. Aun hoy sus amigos cuando son preguntados acerca del ilustre predicador, ó del todo callan, ó dan por única respuesta: "No agrada al Padre Félix que se hable de él; la humildad cristiana es una de sus principales virtudes."

Desde el año de 1850 los habitantes de Paris habian conocido en el púlpito de Nuestra Señora al R. P. Félix por sus sermones durante las cuaresmas sucesivas; pero hasta 1855 no llamó verdaderamente su atención, ocupada en oír los ardientes discursos del R. P. Lacordaire, y las pláticas llenas de unción que tenia en el mismo lugar el R. P. de Ravignan. Estos sermones que actualmente se predicán en esa augusta y antigua Basílica, fueron fundados por el Arzobispo Monseñor de Quelen con un fin particular. En ellos no se trata de los asuntos cristianos como si el auditorio estuviese ya convencido de la verdad de nuestra creencia, sino antes bien se le considera extraño á sus doctrinas, para llamarlo con la instrucción y el convencimiento á profesar la fe católica y observar los preceptos del Evangelio. Por este motivo aquella cátedra se reserva á los predicadores mas ilustres, y ocuparla es ya un indicio del gran mérito del orador.

Cuando el P. Félix escogió la materia de estos sermones, determinándose á tratar de ella en el púlpito de Nuestra Señora, consultó su pensamiento con el difunto Arzobispo Monseñor Sibour, de quien recibió la mas cumplida aprobacion: "Os doy mi